

Beatriz Lecumberri

Palestina, La tierra estrecha

Crónicas de la ocupación israelí

SUR
BIG

Para Ana

Tenemos una enfermedad incurable: la esperanza. La esperanza en la liberación y la independencia. La esperanza de tener una vida normal en la que no seamos ni héroes ni víctimas, en la que nuestros hijos puedan ir seguros a la escuela. La esperanza de que una mujer embarazada pueda dar a luz a un bebé vivo en el hospital y no a una criatura muerta frente a un control militar. La esperanza de que nuestros poetas vean la belleza del color rojo en las rosas y no en la sangre. La esperanza de que esta tierra recupere su nombre original: la tierra del amor y la paz.

MAHMOUD DARWISH, Ramala, marzo de 2002

¿Quizás el reconocimiento de que esta guerra no se puede ganar y, además, de que no podemos mantener la ocupación indefinidamente, obligue a ambas partes a aceptar una solución de dos Estados, que, a pesar de sus inconvenientes y riesgos (sobre todo, que Hamás se haga con el poder en Palestina en unas elecciones democráticas), sigue siendo la única viable?

DAVID GROSSMAN, *The New York Times*,
1 de marzo de 2024

No concibo el periodismo sin una obsesión de búsqueda de la verdad y del rigor y sin un compromiso con las víctimas, en los lugares a los que viajamos, y con nuestras sociedades, para informarlas.

ANA ALBA, abril de 2019

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. LA GAZA DE ANTES.....	27
CAPÍTULO 2. NIVÍN NO QUIERE MORIR	49
CAPÍTULO 3. LA VIDA EN UN <i>CHECKPOINT</i>	71
CAPÍTULO 4. <i>BED AND BREAKFAST</i> EN TIERRA OCUPADA	87
CAPÍTULO 5. LA SOLEDAD DEL SARGENTO SANDERS	103
CAPÍTULO 6. BISSAN, MAYAR, AYA Y OTROS NOMBRES EN LA ARENA	121
CAPÍTULO 7. “HAN QUEMADO VIVO A MOHAMMED”: VIVIR Y MORIR EN JERUSALÉN.....	139
CAPÍTULO 8. JERUSALÉN SIN PALESTINOS	165
CAPÍTULO 9. EL CONFLICTO EN MINIATURA.....	179
CAPÍTULO 10. UN LÍDER ENTRE REJAS Y SIN VOZ	197
CAPÍTULO 11. “NOS HAN VENCIDO”	221
CAPÍTULO 12. 7 DE OCTUBRE DE 2023	237
AGRADECIMIENTOS	255
CRONOLOGÍA	257
BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA.....	263

PRÓLOGO

EN ESTAS PÁGINAS, LA periodista Beatriz Lecumberri dirige al lector a una de las zonas más apasionantes e inestables del planeta, donde en la antigüedad surgieron religiones que pronto se expandieron hasta llegar a lugares remotos. En la actualidad, esas sociedades están enfrentadas y combaten por el mismo suelo, hundidas en el lodo viscoso de la religión y el nacionalismo. No es extraño que sus residentes parezcan condenados, como personajes de una tragedia griega, a vivir en la prisión de la identidad, sin posibilidad de redimirse, como si la realidad del siglo XXI no fuera diferente a la de épocas pasadas. Los pueblos se comportan a veces como autómatas, como ocurre en este caso, sin mostrar ningún interés en liberarse de la maldición milenaria que pende sobre ellos y que heredan de generación en generación.

La autora se adentra en dos civilizaciones próximas y, al mismo tiempo, lejanas en las que deambulan personas de carne y hueso que pueden ser muy distintas a los occidentales de nuestro entorno. Es cierto que los antepasados de buena parte de los judíos vivieron en Occidente durante milenios, pero no es menos cierto que el judaísmo ha sido y sigue siendo, como el islam, una civilización distinta de la occidental. Cada día recurre al pasado con más vigor y, por lo tanto, se distancia más de Occidente. Un sector no desdeñable de judíos ha emprendido un camino que se aleja progresivamente de los occidentales y se acerca en muchos

aspectos a las Edades Antigua y Media, donde los colores y los olores, los sueños y las ideas, Dios y el infierno, como todo lo demás, eran tan evidentes como las verdades de los cuentos infantiles. Se regodean en su propio aislamiento y ensimismamiento en torno a la identidad, tal como vemos en el libro. La sociedad israelí judía rehúye de los valores de la Ilustración, como empieza a ocurrir en ciertos ámbitos de Occidente, para empaparse de los libros sagrados, incluido el Talmud, que merodea en las antípodas de la modernidad.

Como civilizaciones que son, el judaísmo y el islam entienden la vida a su manera y tienen objetivos distintos. En el caso del territorio que nos ocupa, una civilización tiene sometida a la otra, y el resultado es a menudo brutal. El conflicto lo presenta Lecumberri con una sucesión de imágenes desde distintos ángulos, donde la ferocidad suele ser el común denominador. La narración puede suscitar cierta empatía del observador, sobre todo cuando la autora teje con maestría escenas de la vida cotidiana, sensaciones que sitúan a los personajes en contextos ordinarios o imposibles, o las dos cosas a la vez. Estampas costumbristas del siglo XXI que arrancan al lector reflexiones, como ocurría con los viajes románticos del XIX que atravesaron este mismo territorio en su día en otro contexto histórico. Las heridas siguen estando igual de abiertas, frescas y sangrantes. No permiten su costura, especialmente si tenemos en cuenta que las cicatrices del pasado se abren una y otra vez, incluso después de cerrarse temporalmente. Es el caso particularmente doloroso de la Franja de Gaza. Lecumberri sostiene que esa estrecha zona, que ella conoció bien hace solo unos pocos años, dejó de existir tras el ataque de Hamás el 7 de octubre de 2023.

En cada capítulo se amontonan testimonios que acreditan la tragedia, un descenso permanente a los infiernos, un destino negro que no parece tener vuelta atrás, al menos si nos atenemos al comportamiento de las autoridades israelíes y de la inmensa mayoría de la población israelí judía. La opresión diaria, de la mañana a la noche, explica que tantos

palestinos quieran emigrar para siempre, un objetivo que coincide plenamente con los deseos de Israel. Las razones para seguir en Palestina se van extinguiendo y pronto habrán cesado completamente sin que hayan querido evitarlo los que podrían impedirlo.

Entre los perfiles que incluye el libro está el de Yehuda Shaul, un exmilitar que procede de una familia ortodoxa de kipá negra, el solideo que él finalmente se quitó de la cabeza hace un lustro. Shaul aporta su testimonio desde dentro, aun a riesgo de sufrir los estigmas y el desprecio de la sociedad que lo rodea. En ese capítulo, como en tantos otros, el libro es un documento forense de la ocupación, puesto que forenses son muchos de sus personajes, como Shaul. Nos encontramos con más testimonios valientes, de auténticos héroes y heroínas, como Ivonne, Natanya y Karin, israelíes que vigilan los controles militares de Cisjordania, mujeres de cierta edad y soñadoras que al mismo tiempo son patéticamente realistas y saben que su esfuerzo no servirá para cambiar la deriva que se impone a las circunstancias. Conviene subrayar que estas heroicas acciones apenas reflejan a una diminuta fracción de la sociedad israelí, que habitualmente prefiere cerrar los ojos y taparse los oídos, sin exponerse a los excesos que cometen sus soldados o sus jueces.

Un aspecto bien logrado es la descripción que se hace del ambiente progresista israelí, por ejemplo, al abordar el encuentro con Meir Margalit, exconcejal y activista que ha trabajado durante años para impedir las demoliciones de casas palestinas en Jerusalén, que nos asoma a un mundo interesante pero que no debe conducir a errores pues, como decimos, se trata de un grupo escaso y señalado por la mayoría de sus compatriotas. Es la misma gente que lee el diario *Haaretz* y que ve las noticias en el canal de la oposición, pero vive desconectada de la realidad. Lecumberrí contrasta ese mundo con la foto fija del expolio que sufren los palestinos ante el silencio de los mandatarios internacionales, lo que a su vez envalentona más a Israel.

La destrucción de Palestina avanza a paso firme y seguro. La izquierda es testimonial en cuanto a número y en cuanto a capacidades, aunque la prensa progresista occidental exagere su papel. Frente a esta visión parcial, Lecumberri no duda al destripar el implacable y complejo sistema de opresión ante el que nadie se atreve a reaccionar, fuera de ciertos personajes quijotescos. El sistema de la ocupación cuenta con una planificación central que permite que los palestinos sean desposeídos de todo, desde el agua hasta los hallazgos arqueológicos, pasando por las licencias de obras y todo lo que se le pueda ocurrir al lector, un expolio que se realiza a plena luz del día, como la autora documenta, por ejemplo, frente a las tuberías cortadas de cuajo de la casa de Naswa, una agricultora palestina de las colinas del sur de Hebrón; ante la que fue casa de la familia Shamasneh en Jerusalén-Este, ocupada hoy por colonos israelíes; o a pocos metros de los olivos de Juliette Abu Mohor, en la localidad de Beit Jala, a los que ya no puede acceder debido al muro construido por Israel.

Es la perversa banalidad de la justicia, presentada en las actuaciones de la abogada israelí Gaby Lasky, donde se retrata el sistema militar que a diario envía a decenas o centenares de palestinos a la prisión, en ocasiones simplemente por oponerse a la ocupación de un modo simbólico. “Este no es el país que queríamos construir tras el Holocausto”, confiesa la letrada tocando el meollo de la cuestión. Sin embargo, conviene insistir en que solo una diminuta fracción de israelíes piensa así, en que esa minoría es cada año más minoritaria y en que su incidencia en las decisiones que adopta el sistema se reduce cada legislatura, dejando el curso libre a las nuevas y más extremas generaciones de israelíes.

EUGENIO GARCÍA GASCÓN

INTRODUCCIÓN

“¿CÓMO ES?”. LA JOVENCÍSIMA militar israelí me habla sin levantar la vista y sigue palpando minuciosamente la ropa sucia de mi maleta, extendida sin orden en una larga mesa de metal, mientras aguarda una respuesta. No entiendo su pregunta. Los registros siempre me ponen nerviosa, acabo de pasar una semana en Gaza y quiero llegar a casa.

“¿Cómo es qué?”, le pregunto.

“Gaza —dice, con gesto sonriente, señalando con la mano en dirección a las puertas de acero, el imponente pasadizo y las alambradas que están justo detrás de nosotras y separan Israel de este territorio palestino—. ¿Es verdad que no hay carreteras y que solo hay burros en las calles?”.

En sus preguntas no siento burla ni intención de ponerme a prueba. La chica, que tendrá unos veinte años, está haciendo su servicio militar, lleva trabajando solo unos días en este retén militar, situado entre el sur de Israel y el norte de la Franja y no ha visto en la vida un gazatí de carne y hueso. Estamos en 2018 y este pequeño territorio palestino de 365 kilómetros cuadrados lleva ya once años siendo objeto de un bloqueo israelí por tierra, mar y aire. Desde 2007, nadie ni nada entra ni sale sin permiso israelí y no es nada extraño que esta militar conozca de Gaza solo lo que sale en las noticias. Es decir, muy poco y muy negativo. Lo curioso es que tenga el deseo de saber más y de preguntar.

Cinco años después de esta escena, en noviembre de 2023, Enas, una joven palestina de Gaza de la misma edad que la militar que inspeccionaba mi maleta, ve por primera vez en su vida a un israelí de carne y hueso. Son cuatro o cinco soldados muy jóvenes con los que se topa casi frente a frente cuando huye con su familia desde Beit Lahia, en el norte de la Franja, hacia algún lugar más seguro en el sur, para alejarse de los implacables bombardeos israelíes. Piensa que la van a matar allá mismo, pero se equivoca.

“Go, go, go!”, gritan los soldados a este grupo de quince palestinos, entre ellos varios niños, que aceleran el paso y siguen finalmente su camino. Esta joven enfermera, que jamás ha tenido permiso para salir de Gaza, me describe este momento por teléfono, días después, con la voz aún llena de espanto.

Pese a vivir muy juntos, a veces mezclados, en una tierra muy pequeña, los israelíes y los palestinos no se conocen, sobre todo las generaciones más jóvenes. Ese desconocimiento es campo abonado para el miedo. Y el miedo es una de las mejores bazas de sus respectivos líderes.

Nosotros tampoco los conocemos. El conflicto comenzó antes de que la mayoría de sus espectadores hubiéramos nacido, tras la creación del Estado de Israel en 1948. A veces desaparece de la prensa una buena temporada, pero siempre irrumpe de nuevo. Nos cansa y nos incomoda, pero también nos anima a tomar partido. Basta sacar el tema en la oficina o en el grupo de amigos para darnos cuenta de que todo el mundo tiene una opinión sobre los atentados de Hamás o la ocupación israelí, aunque la imagen que se ha construido, pieza a pieza, de este enfrentamiento de décadas sea a menudo simplista y falsa.

Yo comencé a escribir estas crónicas por egoísmo. Por querer saber más y entender mejor. Caí por primera vez en esta tierra en 2002, tan llena de ilusión como de ignorancia, enviada por la Agencia France-Presse en un momento especialmente duro de la segunda intifada. Lo pasé mal.

A esa primera misión siguieron otras, siempre en momentos álgidos, hasta que me instalé en Jerusalén en 2014, para trabajar durante seis años para varios medios de comunicación en español. Desde mi primer reportaje, el encuentro con israelíes y palestinos anónimos con historias de vida extraordinarias me ayudó a abrir los ojos y a dar algunos pasos más allá de la realidad aparente. Estas personas no han dado necesariamente respuesta a mis preguntas; más bien las han multiplicado y me han conducido a un lugar inesperado, a una herida abierta que supura injusticia, miedo y contradicciones, donde los parámetros de blanco o negro, bueno o malo, inocente o culpable no funcionan.

Algunas de ellas están en estas crónicas, como Nivín, una mujer gazatí que agonizaba debido a un cáncer que en otro lugar del mundo se hubiera podido tratar y probablemente curar; Benzion, un joven israelí que soñó con una patria y se encontró otra, mató en nombre de un ejército e intenta curarse ahora de una “herida moral” que casi nadie ve ni comprende; Awad, un padre de familia palestino que decidió demoler con sus propias manos la casa que construía en Jerusalén-Este para no tener que pagar la factura de las excavadoras israelíes que estaban al llegar para echarla abajo; Issa, un pacifista que sueña con frenar la instalación de asentamientos israelíes en el corazón de Hebrón; Aryeh, un israelí que vive rodeado de palestinos en el corazón de Jerusalén-Este y participa en la compra y desalojo de casas para aumentar la presencia judía en la ciudad; Noam, que reside desde hace veinte años en una pequeña colonia en el desierto de Cisjordania que parece más una comuna *hippie* donde el derecho internacional no aplica; o Ivonne, hondureña, judía y residente en Jerusalén, que documenta con perseverancia los abusos que se cometen en los retenes militares israelíes de Cisjordania.

Tras los ataques de Hamás en Israel y el inicio de la guerra en Gaza en octubre de 2023, hubo varias personas, israelíes y palestinas, que aparecían en el manuscrito inicial

y que han preferido desaparecer de las páginas que siguen, por miedo a quedarse sin trabajo, a perder su casa, a acelerar una demolición o al desprecio social.

Las que se quedaron en estas crónicas, después de cruzarse en mi camino por casualidad o de que las fuera a buscar para ahondar en alguna cuestión concreta, padecen, impulsan, documentan, legitiman, se rebelan o se resignan ante la ocupación israelí y sus consecuencias de maneras sorprendentes y desconocidas.

Sus voces iluminan, incomodan y nos hacen adentrarnos en un problema con raíces muy profundas para el que las soluciones que el mundo ha querido aplicar ya no sirven.

En Israel y Palestina, la violencia, la miseria, el terror, la dominación, la falta de libertad y la ausencia de empatía ante el sufrimiento del otro empezaron mucho antes del 7 de octubre de 2023¹.

“Los periodistas deberíais dejar de preguntar tanto por esa fecha. Pregúntame más bien qué hacía y cómo me sentía el 5 o 6 de octubre. Nuestra vida era ya terrible entonces, pero parece que el mundo nos descubre ahora”, me reprochaba una profesora universitaria gazatí a finales de 2023.

La inmensa mayoría de estas crónicas se sitúan meses o incluso años antes de los sangrientos ataques de Hamás.

En 1967 y tras la guerra de los Seis Días, Israel ocupó Cisjordania, Gaza, Jerusalén-Este y los Altos del Golán y la península del Sinaí pasando por alto las fronteras establecidas internacionalmente en el armisticio de 1949². El mundo, encarnado en la ONU, nunca ha reconocido esa invasión y

1 Ese día, las milicias del movimiento islamista palestino Hamás se adentraron desde Gaza en Israel y mataron más de 1200 israelíes. Otros 250 fueron tomados como rehenes y llevados a la Franja.

2 Tras el armisticio de 1949, que puso fin a la guerra entre Israel y sus vecinos árabes, la llamada Línea Verde sirvió para delimitar *de facto* el territorio de Israel de los territorios palestinos. La Línea Verde separa Jerusalén en dos y demarca Cisjordania y Gaza.

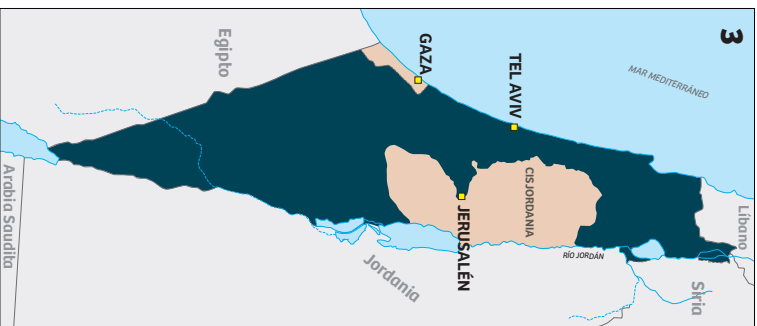
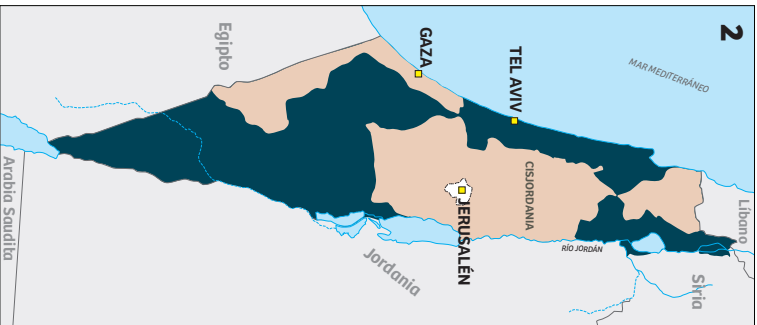
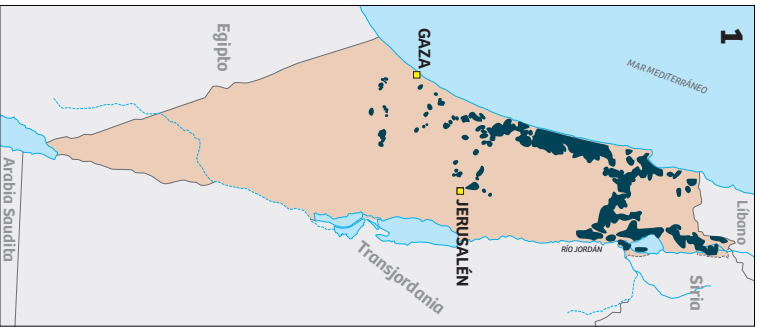
rápida­mente reafirmó³ los derechos inalienables del pueblo palestino a “la autodeterminación, la independencia y el retorno de los refugiados”. Pero, desde entonces, la ocupación israelí solo se ha asentado, ampliado y hasta legitimado.

Las conversaciones de paz, abundantes pero estériles, no han logrado arrancar un acuerdo estable y justo para ambos pueblos, cuyos dirigentes ya no hacen ni siquiera amago de negociar desde 2014. Y en el terreno la situación solo empeora. En este momento, más de 700 000 colonos israelíes residen en más de 350 asentamientos desperdigados por la tierra palestina, algunos de ellos convertidos en verdaderas ciudades, cuya existencia es ya irreversible. Mientras, los palestinos de Cisjordania y Jerusalén-Este viven en una tierra que mengua prácticamente cada día, en la que hay pocos servicios y apenas libertad de movimiento, pero sí un penoso laberinto cotidiano de permisos, *checkpoints* y violencia.

La desgastada solución de dos Estados, uno al lado del otro, con fronteras justas y estables y que ha llenado durante años la boca de los dirigentes del mundo, daría risa si la realidad no fuera tan trágica. Basta recorrer durante unas horas las carreteras de Cisjordania y observar la presencia israelí en la parte palestina de Jerusalén para entender que esa opción ya no vale. La ocupación es un hecho consumado que cada vez escandaliza menos, aunque sea ilegal a ojos del derecho internacional.

Para comprender cómo se ha transformado físicamente esta tierra, es muy útil observar los cuatro mapas que siguen, que ilustran la evolución desde el Plan de partición de la ONU de 1947, pasando por la guerra de los Seis Días de 1967, hasta la proliferación de colonias israelíes en Cisjordania en la actualidad. Son un punto de partida importante para comprender la situación en el terreno y el contexto de estas crónicas.

3 Resolución 3236 de la Asamblea General de la ONU, de 1974.



LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE ISRAEL Y LA EVOLUCIÓN DE LOS TERRITORIOS PALESTINOS

1. Hasta 1947

- Palestina
- Asentamientos Judíos

2. 1947

Plan de partición de la ONU

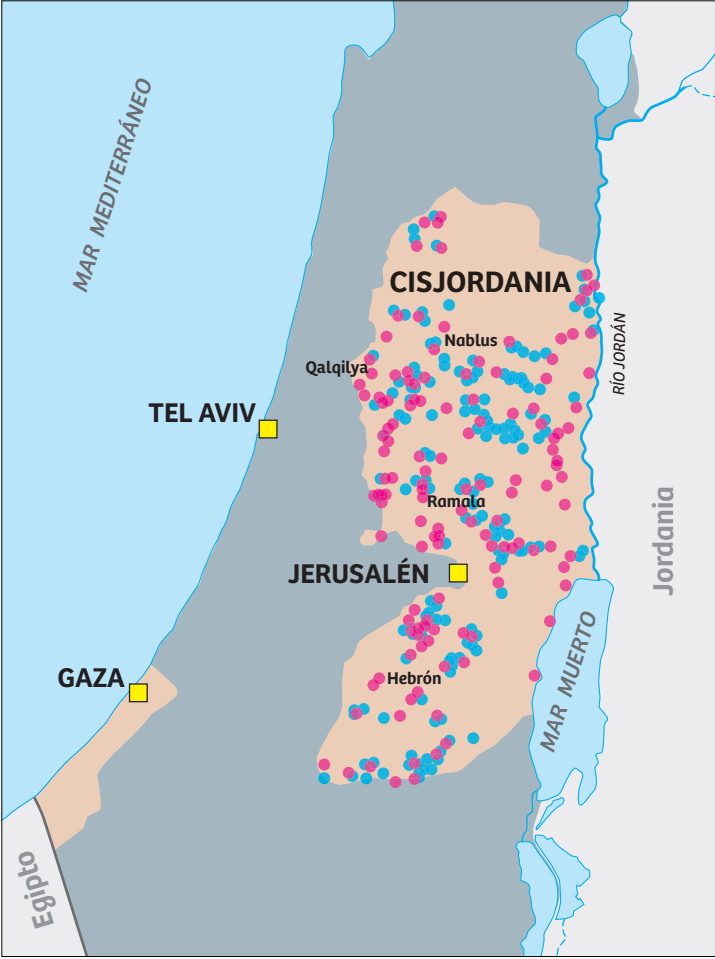
- Estado árabe palestino
- Zona internacional
- Estado de Israel

3. Después de la guerra de los Seis Días de 1967

- Territorios palestinos ocupados por Israel
- Estado de Israel

FUENTE: MAPA DE ELABORACIÓN PROPIA CON INFORMACIÓN DE MADNSU, BBC.COM Y WIKIPEDIA.ORG

PRINCIPALES ASENTAMIENTOS ISRAELÍES EN CISJORDANIA (2024)



- Colonias con autorización israelí (según la ONU, todos los asentamientos son contrarios al derecho internacional)
- Puestos de avanzada (también conocidos como *outposts* o asentamientos que no cuentan con permiso del gobierno israelí)

FUENTE: MAPA DE ELABORACIÓN PROPIA CON INFORMACIÓN DE APNWES.COM Y PEACENOW.ORG

En julio de 2024, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) dictaminó que la presencia israelí en los territorios palestinos era “ilegal” y debía terminar “lo más rápidamente posible”. Pero, en el terreno, la realidad es otra y muy diferente. Desde que comenzó la guerra en Gaza, el gobierno israelí declaró tierra estatal, es decir, confiscó 24 193 dunams (2419 hectáreas), una superficie que representa, aproximadamente, la mitad de toda la tierra declarada estatal desde los acuerdos de paz de Oslo (1993), según cálculos de la ONG israelí Peace Now (Paz Ahora). ¿Cuántas noticias al respecto hemos leído?

La dominación tiene muchas caras y una de ellas es también la inacción, la falta de liderazgo y la división interna de las autoridades palestinas, a las que los ciudadanos sienten muy ajenas a sus preocupaciones diarias. En 2007, meses después de ganar unas elecciones legislativas, los últimos comicios de envergadura que se celebraron en Palestina, Hamás se hizo con el poder en Gaza, de donde prácticamente desterró a la Autoridad Nacional Palestina (ANP) del presidente Mahmud Abbas, el único interlocutor de la comunidad internacional. La escisión entre las dos facciones ha dificultado mucho la vida diaria de los ciudadanos, sobre todo en Gaza.

Para buena parte de la comunidad internacional, Hamás es un grupo terrorista y su gobierno *de facto* provocó el bloqueo israelí sobre la Franja que está en vigor hasta hoy. Este aislamiento ha sumido a sus 2,2 millones de habitantes en una pobreza física y mental difícil de explicar. Solo yendo y observando se podía llegar a sentir una pequeña parte de esa vida miserable, que tornaba cualquier acto simple en un deprimente camino de obstáculos: desde navegar por internet hasta pedir una beca para estudiar en otro lugar, pasando por acceder a un tratamiento médico o alejarse algunas millas de la costa para pescar.

“Vamos a ganar”, prometió en varias ocasiones desde octubre de 2023 el primer ministro israelí, Benjamin

Netanyahu, a la cabeza del gobierno más radical y ultraderechista de la historia del país. Desde noviembre de 2024, sobre este responsable pesa una orden de arresto emitida por el Tribunal Penal Internacional (TPI) por presuntos crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos en la Franja, como “matar de hambre a civiles”, una decisión judicial de difícil aplicación, pero que constituye un sonoro gesto de reprobación internacional.

Este no es un libro solo sobre Gaza, pero hay pasajes importantes que nos trasladan hasta este territorio, donde entré a menudo y pasé semanas para realizar un documental⁴ sobre mujeres enfermas de cáncer, junto a Ana Alba, corresponsal de *El Periódico de Catalunya* en Jerusalén, fallecida en 2020.

Yo sentía que ir a la Franja periódicamente, aunque fueran dos o tres días, era indispensable para seguir haciendo mi trabajo de periodista en Jerusalén. Conforme el bloqueo se intensificaba y la sociedad se radicalizaba, Gaza se transformaba y retrocedía socialmente a pasos agigantados y la presencia de los reporteros, palestinos y extranjeros era aún más necesaria. Dentro, no había colonos ni *checkpoints* militares desde 2005, pero es en esta pequeña superficie de tierra de 365 kilómetros cuadrados donde los tentáculos de la ocupación se sentían con más crudeza y sin ningún tipo de filtro.

Gran parte de la Franja ha quedado hoy sepultada bajo las bombas, al igual que miles de civiles. En este momento, no sé dónde están ni si siguen vivos la mayoría de los hombres y mujeres gazatíes que aparecen en estas crónicas.

Desde el 7 de octubre de 2023 hasta el momento de escribir estas líneas, en enero de 2025, Israel no ha permitido a los periodistas extranjeros entrar en Gaza. Es una situación inédita e inaceptable. Si los medios de comunicación del mundo entero, comenzando por los estadounidenses,

4 *Condenadas en Gaza*, estrenado en 2021.

hubieran podido retransmitir de primera mano lo que estaba ocurriendo dentro de la Franja, tal vez la reacción internacional habría obligado al ejército israelí a frenar la intensidad de su ofensiva. El relato de la guerra se lo debemos a decenas de reporteros palestinos que se han jugado la vida por informar (más de un centenar de hecho la ha perdido) y a los testimonios que hemos recabado a distancia, gracias a nuestros contactos dentro de la Franja. Pero mantener una conversación telefónica con una persona en Gaza que se ha desplazado varias veces para salvar la vida y que, como la inmensa mayoría de la población, está en una tienda de campaña o en una casa hacinada junto a decenas de familiares y vecinos es muy difícil. Técnicamente, pero también moralmente. En Gaza no hay electricidad y los móviles se han estado cargando gracias a paneles solares conectados a pequeñas baterías. Tener el teléfono funcionando es indispensable para saber qué está pasando y cómo están tus seres queridos. Y cuando la prioridad era seguir vivo, gastar tiempo y batería hablando con una periodista extranjera que no iba a lograr mejorar en nada tu existencia diaria era un acto de generosidad inmenso.

Informar del desastre humanitario y de las víctimas civiles en la Franja también trae consigo desde octubre de 2023 una incómoda necesidad de justificarse. Al menos a mí me ha ocurrido. Narrar el dolor de unos no significa en absoluto ignorar o despreciar el dolor de otros. La duda hiere. La consigna “conmigo o contra mí” es injusta y no puede prevalecer.

Pero es complicado y hasta ridículo hablar de empatía y de diálogo ante el profundo abismo que se ha abierto entre israelíes y palestinos. Asomarse a ese vacío da miedo. Nada volverá a ser igual y todo será peor porque nadie puede salir indemne de semejante hundimiento moral, donde el “otro” no tiene nombre ni es visto como una persona con derechos. La violencia y la muerte han multiplicado la intolerancia y el fanatismo de los protagonistas de este enfrentamiento,

pero también han hecho mella en nosotros, observadores de su desencuentro permanente, que asistimos a la debacle sin impedirla y usamos a menudo el privilegio de poder mirar hacia otro lado.

Este libro es una fotografía, un relato humano de un momento del conflicto, compatible con muchos otros, igualmente ciertos e importantes. Asumo que escribir sobre esta tierra convulsa es una osadía y una apuesta perdida, porque no hay punto de vista que suscite la aprobación general. Ahora menos que nunca. Pero de lo que no se habla es como si no existiera y quienes toman las decisiones en este conflicto, de un lado y de otro, lo saben. Cerrar los ojos, para no ver y no contar, acelera nuestra complicidad con la estrepitosa derrota de la verdad.

Madrid, enero de 2025